Roberto Torretti

¿HA HABIDO PROGRESO DE LA FILOSOFIA EN SU HISTORIA?*

PARA BUSCAR una respuesta a la pregunta, fuerza es despejar las ambigüedades que contiene. Ni progreso, ni filosofía, ni historia son términos estrictamente unívocos. Un examen breve de la cuestión debe contentarse con repasar sus acepciones más sobresalientes.

Progreso, en su sentido etimológico estricto, significa tan sólo *paso o marcha hacia adelante.* Como tal, resulta ser la condición propia de cuanto existe en el tiempo, sometido fatalmente al progreso que lleva de hora en hora, de día en día, incesante e irremisiblemente, ya sea que se lo asuma como vehículo o instrumento de una obra, de una actividad, de una vida, o que se lo deje simplemente pasar, en indiferente negligencia, afanosa diversión o exacerbada espera. De uno u otro modo, cuanto vive progresa, hacia el éxito o el fracaso, hacia la vejez, hacia la muerte, movido con siempre renovado impulso hacia adelante por el transcurso incomprensible del tiempo.

Pero hay una segunda acepción más difundida de la palabra *progreso,* según la cual ella abarca sólo una parte, tal vez la más escasa e inestable, de la universal marcha hacia adelante, vale decir, aquellos casos en que el adelanto es de verdad una marcha hacia lo mejor. Para juzgar que algo progresa es preciso entonces disponer de un criterio valorativo que permita medirlo, definir sus estados sucesivos como cada vez mejores, o, al revés, como cada vez peores. Mejor o peor se es sólo con respecto a un bien.

El bien es el objeto del amor. Donde la pasión del amor lleva al hombre a vencer la natural inercia de su carne y a asumir el tiempo de su vida como el campo para el despliegue de su obra, nace la actividad humana, como búsqueda, realización o ejercicio del bien, esto es, de aquello que el amor ama. Sólo en la perspectiva engendrada por el amor y organizada por la actividad cabe hablar de *progreso* como *marcha hacia lo mejor.*

* Trabajo presentado al Primer Congreso de la Sociedad Interamericana de Filosofía.

Toda actividad marcha hacia un fin: el bien puesto o percibido por el amor de que ella procede. Sucede a veces que dicho bien trasciende a la actividad que lo sirve: ésta es sólo un medio, una herramienta para alcanzarlo, y, como tal, puede triunfar o fracasar en su empeño. Sólo en el primer caso, si hay un constante triunfar, un servir cada vez mejor la actividad a su propósito, se dirá que ella progresa —como se habla de los progresos de la medicina en la defensa de la salud del hombre—. Pero si la actividad tiene su fin en sí misma, si lo sirve con sólo ejercerse, como es el caso de la vida misma, para quien la ama, o de la conducta moral, para quien la siente como imperativa, bastará que la actividad subsista para que satisfaga su fin, su marcha hacia lo mejor coincidirá con su marcha hacia adelante. Sólo en un caso podrá negarse su progreso, a saber, si se detiene y cesa.

De todos modos, sólo lo vivo puede marchar hacia adelante, sólo lo activo puede adelantar hacia lo mejor; de las cosas, sólo en sentido figurado puede decirse que progresan, esto es, en cuanto constituyen el resultado de actividades progresivas. Justamente, tratándose de actividades cuyo fin las trasciende, importan esencialmente los resultados obtenidos: en ellos se materializa su aporte al logro de tal fin. Los frutos materiales de la actividad se presentan entonces como los testigos y, en cierto modo, los portadores del progreso, y es más corriente que se hable de éste en relación con las cosas que con la actividad de que proceden. Así será más frecuente oir acerca de los progresos del automóvil que de los de la industria automovilística, a pesar de que aquéllos no son sino el reflejo de éstos. En cuanto a las actividades cuyo fin se cumple con su mero ejercicio, poco importan, naturalmente, los resultados duraderos que puedan arrojar de paso.

Aunque parezca superfluo, conviene detenerse en estas banalidades, porque no faltan quienes nieguen el progreso de la filosofía debido a que no pueden reconocerlo en sus frutos. Para saber qué pensar a tal respecto, preciso es atender a la naturaleza de la filosofía misma.

Recurriendo también en este caso al auxilio de la etimología, recordamos que, en su acepción primordial, *filosofía* es el nombre de la pasión por un bien: el amor del saber. Como tal, no puede decirse de ella que progrese, salvo en el sentido en que se dice por ejemplo, que

progresa una enfermedad, en cuanto surge, crece y se apodera del ser entero de quien la padece; así prospera el amor del saber en el alma de quienes lo profesan, tornándose a las veces endémico en ciertas co-munidades o naciones.

Pero el efecto ineludible del amor lo que no se tiene es el activo empeño en procurarlo. Y así se conoce comúnmente como *filosofía* no sólo el amor, sino la búsqueda del saber. Las circunstancias históricas han determinado que no se llame filos fía cualquier búsqueda del saber —tras él marchan, o creen marchar, también el místico y el apren-diz de brujo— sino sólo la conducida dentro del marco de la tradición fundada por los griegos que acuñaron e término, vale decir, la búsque-da del saber que se logra a través del pensamiento libre y racional.

Importa decidir si esta actividad de pensar para saber es una que tenga su fin fuera de sí, o si lo cumple con sólo ejercerse. ¿Busca la filosofía a través del pensar la posesión e un saber que lo trascienda? ¿O, por el contrario, el único saber que e interesa y a que tiene acceso es aquél que se hace efectivo en el acto mismo de ir pensando?

No han faltado quienes sostuvieran lo primero: ha sido frecuente oir que el pensamiento discursivo de que se vale la búsqueda filosófica del saber es sólo un vehículo para lograrlo, y que, una vez alcanzada la meta, el pensamiento se tornaría innecesario, siendo el saber mismo esencialmente ajeno al pensar, estático aquél e imperturbable, éste, en cambio, en incesante movimiento. Forzoso es que, si se concibe la verdad como absoluta e inmutable, no pueda verse en el pensamiento, en perpetuo cambio, siempre de nuevo criticado, abolido, superado, el elemento capaz de contenerla. Si la ver ad es por naturaleza inmóvil, el pensamiento es por naturaleza falso, sin que tampoco pueda nadie figurarse cómo lo que absolutamente carece de verdad pueda algún día llevar a conquistarla. A la caza del s ber, pero desprovisto de él, el pensamiento filosófico jamás podría determinar si se le acerca, si mar-cha o no progresivamente hacia su fin, y la historia de la filosofía sería la de una república de topos, que conduce su ajetreo en las tinieblas, tal vez a pocos pasos de la luz.

Pero dejemos a otros la mítica esperanza de esta eventual revelación de una verdad intuitiva, y, ateniéndonos a lo humanamente con-

cebible, admitamos que, aparte de todo insólito saber que nuestra fantasía crea figurarse, hay otro, bien concreto, que habita e ilumina al pensamiento discursivo. Hace tiempo ya que se ha reparado en que el saber no puede capturarse con ardides ni instrumentos, que quien lo busca debe ya poseerlo, que no es cuestión de pensar interminablemente disparates a la espera de que de pronto, mediante ellos, se revele la verdad: el pensamiento es de suyo revelación, contiene siempre una verdad que lo anima y lo dirige, y es ésta la única que puede ganarse con la filosofía, y por lo mismo buscarse a través de ella. No una verdad inmóvil, objeto estático de posesión inconmovible; no: en cuanto se la fija, muere, y el pensamiento decae de saber en dogma. El pensamiento racional puede pasar por ejemplo de actividad que tiene su fin en su ejercicio mismo: la actividad de pensar para saber es por sí misma un ir sabiendo, ir ganando y gozando una verdad que sin embargo, se pierde por entero en cuanto la actividad de pensar se detiene.

Nada valen, como ha solido creerse, sus resultados, y no es por lo que de ella queda que ha de medirse su progreso. ¿Cuál es su legado? ¿Dónde se lo encuentra? ¿Se pensará acaso en los montones de papel impreso que la filosofía deja tras de sí a modo de residuos? Durmiendo en los anaqueles, representan los libros el prototipo de lo ajeno al espíritu. Leídos con inteligencia, en cambio, tórnanse en el abono que fecunda una vida nueva, pero pierden por lo mismo el carácter de mero resultado de una actividad pasada, para convertirse en el soporte de un pensamiento actual. Tampoco podemos reconocer como resultados perdurables de la actividad filosófica los llamados "conceptos" o "enfoques" que se "heredan" de pensador en pensador, en los que se ha querido ver las "herramientas" de la filosofía, los anzuelos o redes para la captura de la verdad. En cuanto el nuevo pensamiento de veras se apropia de ellos, no son ya mero fruto del pensamiento viejo, sino carne y sangre del nuevo: a través de ellos vive aquél en éste, y por eso puede decirse que no ha muerto; pero por lo mismo no son estos conceptos y enfoques suyos sus resultados, lo que de él ha quedado al cesar su actividad, sino el testimonio de su propia singular supervivencia. En cambio, si los viejos términos y planteamientos perduran sólo como una fórmula mecánicamente repetida, muerto ya el pensamiento

que los engendrara, verdadero tumor o cuerpo extraño en el radical-mente nuevo que cree continuarlo, constituirán ellos más bien un cáncer que conviene extirpar cuanto a tes, que no el patrimonio de una tradición inestimable. Tradición sólo hay donde el pensamiento se transmite vivo, continuando el mismo espíritu a través de una suce-sión de individuos. El pretendido aprovechamiento de los resultados del filosofar pretérito, repetición de pensamientos muertos, disecados, cuidadosamente embalsamados, no se llama filosofía, sino escolasticismo, y no representa el disfrute tranquilo de lo otrora conquistado, sino el culto estéril de una vida extinguida

De suerte, pues, que si la actividad filosófica tiene su fin en sí misma, su ejercicio será el único índice de su progreso. Como todas las actividades esenciales del hombre —que en esto se distinguen de las meramente instrumentales, cuyo mérito d pende sólo de la eficacia con que sepan servir a aquéllas —mientras la filosofía marche, marchará hacia lo mejor: su bien estriba justamente en que marche. El fin de nada que sea viviente puede consistir e la posesión tranquila y dura-dera de un bien definitivo, invariable, muerto; por el contrario, su bien está en que viva, siempre incompleto, ero siempre completándose; su eudemonía estriba en el milagro de qu jamás le falte de dónde reno-varse. Tal es la condición de lo que exi te en el tiempo: en cuanto cesa el cambio, termina también su vida.

Pero no se ha preguntado si la filosofía *progresa,* sino acaso *ha progresado* en el curso de su historia. Quien sabe si luego de lo dicho podemos intentar una respuesta.

La filosofía no es ni un ángel ni una musa, sino una pasion que engendra una actividad humana. *Su* historia no puede ser, pues, sino la de el o los hombres que la vivan. *Historia,* en un principio sólo otro nombre para el saber, ha venido a identificarse con el saber acerca del pasado; entendida así, la historia *de* l filosofía, la propia suya, con-siste en el saber que los hombres filosóficamente apasionados y activos tengan sobre el pasado de su pasión y actividad; y tal historia no pue-de ser sino la de un progreso constante, la de la marcha ascendente de esa pasión que comparten y esa actividad que continúan hasta llegar al pináculo desde el cual se proyectan hacia el futuro —hemos visto

que si el pasado se continúa efectivamente en el presente, no puede pervivir más que progresando.

Es verdad que muchos hombres saben del pasado de los otros sin compartir sus pasiones ni continuar sus actividades, y, en este sentido, no faltan quienes conozcan lo que fueron los llamados filósofos, sin compartir para nada el entusiasmo que los animara; tal es por lo demás el carácter del saber encerrado en casi todas las mal llamadas "historias de la filosofía", que no son tales —escritas, como están, por quienes nada tienen que ver con ella—, sino, como fácilmente nos convencemos al leerlas, historias de los errores y los extravíos humanos; que como tal tiene forzo amente que aparecer la pasión de los filósofos a quienes no la comparten, su actividad a quienes no la prosiguen.

En consecuencia, si el saber acerca de la vida pretérita de la filosofía es parte integrante de un esfuerzo vivo por continuarla, aparecerá necesariamente como habiendo progresado, como culminando justamente en dicho empeño presente. Por el contrario, quien sabe acerca de lo que esta actividad humana ha sido, sin compartir los sentimientos que la animaron, ni pretender para nada continuarla como propia, no puede ver en ella sino un cúmulo de locuras, cuyo verdadero carácter no conseguirá ocultarse, por mucho que su hipocresía profesoril se afane en presentarlas como geniales. La primera historia, por cierto, la conciencia que asume el pasado como propio, lo incorpora necesariamente a su vida presente, y, así, a los ojos de la otra clase de historiadores, lo falsea; desconcertados ante el aspecto que adquiere vivo lo que sólo conocieron muerto, le niegan éstos su reconocimiento, convencidos de que es más fiel al pensamiento pasado la imagen momificada que de él guardan, rígida e invariable como sólo lo muerto sabe serlo, que el proteico demonio en que se torna en la mente de quienes lo reviven. Y, sin embargo, esta historia que a tantos parece arbitraria —¿no se ha protestado, acaso, contra el Kant de Fichte, el Leibniz de Schelling, el Parménides y el Heráclito de Heidegger?— es la única que la filosofía puede *tener*. Quien no asume, desde su filosofar presente, el pasado de la filosofía como propio, podrá hacer una historia *sobre* la filosofía, pero no *de* ella, y es sabido que para esta mirada ajena, la filosofía se presenta como lo que por fuerza es para quien no la

haga suya proyectándola hacia una nueva vida en el futuro: mero amontonamiento de opiniones caprichosas y dispares.

Para quien la vive, pues, la filosofía no ha hecho sino progresar en su historia. En cambio, quien del asado recoge sólo su cadáver, no acierta a ver en su desarrollo otro progreso que el puramente cuantitativo de la marcha hacia adelante, acumulándose a lo largo del tiem-po sistema sobre sistema, a los que se suma la multitud abigarrada de las interpretaciones de los discípulos. Reconocemos aquí la ambigüedad característica de todas las actividades del hombre, que para quien se entrega a ellas, animado por la pasión de que proceden, aparecen necesariamente como prósperas, florecientes, progresivas; para quien, en cambio, contempla desde afuera el cuadro demencial de su despliegue, se presentan como una absurda e incesante marcha hacia adelante, alimentada de la ilusión de que se va hacia lo mejor. El mismo progreso universal de la vida en su conjunto, del que tomamos la idea de preguntar por el de tal o cual parcial empresa de la misma, aparecería fatalmente como un puro espejismo a quien asumiese el punto de vista de la muerte. Así lo veía, sin duda, Shakespeare cuando escribió esos versos que dicen:

"But thought's the slave of life, and life time's fool;
And time, that takes survey of all the world,
Must have a stop";
(HENRY I PT. I, V, IV)

o cuando agregó en otro lugar:

"We are such stuff
As dream are made on , and our little life Is
rounded with a sleep."
(THE TEMPEST, IV, I)

Aunque se discuta la coherencia lógica de tan radical posición, que intenta enjuiciar la totalidad de la vid desde el seno de la vida misma, no cabe duda de que puede pronunciarse un juicio de este género a

propósito de tal o cual actividad de la vida, que así como ha comenzado un día, bien puede otro día morir. Tal extinción aparecerá como un progreso dentro del conjunto de la vida —como tal se ha estimado la muerte del canibalismo, de la magia, incluso de la religión—, pero difícilmente podrá llamársela un progreso de la actividad misma que muere.

Necesariamente, en cambio, allí donde existe el amor que lanza a la actividad hacia el bien que ha concebido, el mero ejercicio de aquélla se vive como una marcha hacia éste; en vivirlo así estriba precisamente la condición para que ese ejercicio sea posible. En tal caso, no podrá, pues, surgir ninguna duda sobre si la actividad progresa, ni, en consecuencia, formularse pregunta alguna a este respecto. Donde una pregunta así se plantea cabe, por lo tanto, pensar que la actividad en cuestión ya ha muerto. O, tal vez, que ni siquiera ha nacido.